

Notas

Crónica de una premiación

XIII edición del Premio Internacional de novela «Rómulo Gallegos»

Victor Brivo

Ser jurado de arte o literatura es asumir uno de los más grandes de los riesgos: el de la adecuada selección. Amenazado por la ceguera de la equivocación, el jurado debe llevar su lámpara de Diógenes, su piedra de toque, esa que según Locke nos permite distinguir lo malo de lo bueno y, diríamos, el buen verso del mal verso, la buena prosa de la mala prosa. Entre la multiplicidad de logros de la práctica de la lectura, está, en primer lugar, mantener esa lámpara encendida, sensible esa piedra de toque.

Cada miembro del jurado de la XIII edición del Premio "Rómulo Gallegos" recibió, entre febrero y marzo de 2003, 246 novelas de 21 países: 49 de Argentina, 2 de Bolivia, 17 de Chile, 28 de Colombia, 3 de Costa Rica, 15 de Cuba, 7 de Ecuador, 2 de El Salvador, 27 de España, 1 de Estados Unidos, 1 de Francia, 4 de Guatemala, 1 de Honduras, 32 de México, 8 de Nicaragua, 5 de Panamá, 8 de Paraguay, 11 de Perú, 1 de Puerto Rico, 1 de República Dominicana, 7 de Uruguay y 20 de Venezuela. El número de participantes por países hace pensar en una más equilibrada difusión de la convocatoria; pero también subraya la poderosa producción novelística de países como Argentina, Colombia, España y México.

El jurado, constituido por Enrique Vila Matas (ganador de la anterior edición del Premio con la novela *Viaje vertical*, prodigioso narrador español que, con una amplísima producción, y con obras como *Bartleby y compañía* y la recién publicada *El mal de Montano*, ha

explorado con éxito inesperadas posibilidades reflexivas en el relato), Christopher Domínguez Michael (joven ensayista y narrador mexicano que une, en la mejor tradición mexicana, profunda erudición y leve ironía, en textos ensayísticos como *Tiros en el concierto*, o en relatos como *William Pescador*, y en imprescindibles lecturas que publicadas en *Letras libres*, irradian hacia la constitución de un nuevo canon), Fernando Ainsa (narrador y crítico uruguayo. Sus múltiples libros sobre literatura y cultura de América Latina, y, de manera especial, sus libros sobre la utopía circulan entre estudiosos y en Universidades del mundo. Vocero de la UNESCO para América Latina durante varios años, viajero incansable en diálogo con la Academia internacional), Marcela Serrano (narradora de gran difusión en capas lectoras de América Latina y Europa, sumergida en ciertas densidades del relato y en la articulación narrativa del sujeto femenino) y Víctor Bravo (de quien, naturalmente, me cuesta hacer comentario), realizamos intensidad de lecturas y ejercicio de concurrencias. Intuimos que esas 246 novelas nos daban a nosotros, sus privilegiados lectores, la respiración del idioma hoy, y la reflexión sobre los hallazgos y extravíos de nuestra cultura. Balzac decía de la novela que era la historia privada de las naciones y, en efecto, la novela es un género feroz e íntimamente realista, pero tiene otra orilla, y así lo entendía el jurado, en la reflexividad que pone permanentemente en crisis sus modos de decir, sus límites, el poder y la fragilidad de sus representaciones, el peligro de sus mistificaciones y el seno de sorprendentes manifestaciones de la conciencia crítica: el género a la vez realista y reflexivo.

En la escucha de la respiración, la pregunta y la duda que atraviesan el género, decidimos que cada miembro del jurado seleccionara 50 obras y nos las cruzáramos a la misma hora, vía email, con el propósito de revelar las coincidencias y así seleccionar 30 finalistas, que serían anunciadas en el contexto de la feria del libro de Caracas, el 30 de mayo. Cruzadas las selecciones, la concurrencia dio una columna de 15 Obras con cinco coincidencias, una segunda con 13 obras de cuatro coincidencias y una tercera con 12 obras de tres coincidencias. Las tres columnas sumaron no 30 sino 40 obras (en el entendido de que las obras con dos, uno o cero puntos quedaban eliminadas). Cada miembro del jurado se aliviaba en su peso de lecturas al dejar de lado obras sin gran valor literario, pero también lamentaría que obras de su especial afecto quedaran fuera de la selección establecida por la metodología empleada. Yo lamenté que no fueran seleccionadas obras como *La comedia urbana*, del venezolano Armando José Sequera, y, de manera especial, *Evaluador*, extraña y hermosa novela del argentino Noé Jitrik.

Pero era necesario seguir adelante. El jurado decidió releer las novelas seleccionadas para confrontar criterios en la cita pautada para el 22 de junio en Caracas. Ese día el jurado deliberó con cuatro miembros pues Marcela Serrano llegaría de Chile el 23 en la tarde. A su llegada, el jurado se instaló de nuevo y deliberó hasta la madrugada del otro día, y por dos días más hasta deslindar por unanimidad 10 finalistas, lo que el jurado consideró lo mejor de la novela escrita en español en los últimos dos años: *Varamo*, del argentino César Aira (novela que afirma y parodia el mito de la creación en desplazamientos entre el absurdo y la racionalidad y en precipitados de un humor desternillante), *La noche del aguafiestas*, del cubano Antón Arrufat (hermosa novela que nos acerca a climas narrativos propios de un Proust o un Lezama: relato que es celebración de la amistad, de la herencia de la cultura universal y de la creación), *Me manda Stradivarius*, del español Rodrigo Brunori (suerte de contrapartida celebratoria de la novela de Aira: novela de formación y del misterio de la creación en la historia de la producción artística de un violín. Novela de la afirmación de lo estético por medio de la música), *Soldados de Salamina*, del español Javier Cercas (celebrada novela sobre la guerra civil que hace concurrir la emergencia realista del conflicto -en acercamientos de la novela y el periodismo- con los modos de construcción del relato: ficción y relato "real" concurren en pos de una inusitada síntesis, por medio del nudo de la reflexividad.), *Lodo*. Del mexicano Guillermo Fadanelli, el gran hallazgo del jurado: todos la traíamos entre las elegidas; todos nos sentíamos impactados de su lectura (con atmósferas cercanas a las de Kennedy Toole o Phillip Roth o, incluso, del Dostoiesky de *Memorias del subsuelo*, la novela nos retrata el escepticismo ante la profunda e intransferible desnudez del ser, en extremos que a ratos pareciera que rozara, por ejemplo, la filosofía de un Ciorán), *Lo real*, de la española Belén Gopegui (prodigioso relato que convoca la aventura y los signos más contradictorios de nuestro tiempo: el poder y la multiplicidad de hilos de los medios, en especial de la televisión), *El round del olvido*, del venezolano Eduardo Liendo (quien, en un sentido arquitectónico del género, enlaza tres vidas para dar testimonio narrativo de la "épica" revolucionaria que, haciendo vigorosa eclosión en la década de los sesenta, vive la curva ascendente del imaginario utópico y el precipitado de la quiebra de las utopías. Resalta el personaje de la periodista que insistentemente se nos asemeja, no sé por qué, en el igualmente complejo mundo de lo real, a la periodista y narradora Milagros Socorro), *El común olvido*, de la Argentina Silvia Molloy (densa novela del viaje de "regreso", de la memoria y el desarraigo, de una poética de la subjetividad que pone en correspondencia el mundo anglosajón y el latinoamericano), y *El desbarrancadero*, del colombiano Fernando Vallejo (novela que no hace concesiones a la injuria, la blasfemia, a la representación

de la sordidez individual, social, mundial, pero articulando este peso mortal a la levedad del genio de la forma. Gravedez y levedad tal como puede verse, si se me permite el ejemplo, en "El castillo de los pirineos" o "Ídolo", de Magritte).

Diez novelas: tramado narrativo del genio del idioma, de las múltiples formas del imaginario, de la perplejidad, la pregunta y la duda como expresiones de la conciencia, resistencia o sensibilidad de una cultura.

El jurado había trabajado teniendo el diálogo como principal herramienta. Ahora se trataba de elegir una novela entre diez y quizás se hiciese necesario, como lo señalara Vila Matas, votar y elegir entre las diferentes opciones. Sin embargo el jurado se sentía claramente atraído por *El desbarrancadero*. Yo compartía esa atracción (por su preciso acabado formal) pero observaba que la novela, para decirlo de alguna manera, era demasiado dura: la injuria y la imprecación son llevadas al límite mismo, a su punto ciego, a la negación misma de los fundamentos. Yo contraponía *Varamo*, novela donde la parodia y el humor replantean, en el surco abierto por Duchamp respecto a la expresión plástica, la desmitificación y, sin embargo la milagrosa posibilidad del hecho estético. El jurado decidió de este modo otorgar el premio, por mayoría de votos (cuatro a uno), pero respaldado por todo el jurado, a *El desbarrancadero*, de Fernando Vallejo.